

ABELARDO Y ELOÍSA

Novelema

Enrique González Rojo Arthur

2013

ENTRADA

Tengo la convicción de que la poesía, como “pugna sagrada” que es, se resiste a ser constreñida a una sola manera, a un canon rígido o a una tonalidad obligatoria. El valor supremo del quehacer poético es la libertad de acción. En una época se decía, y hay quien continúa haciéndolo, que la esencia del oficio poético es reemplazar el decir por el cantar, expresar, desde luego con talento y avispada inspiración, los más variados sentimientos, darle preeminencia al significante sobre el significado, en una palabra, generar deliberadamente un mundo donde “lo poético” sepa permanecer incontaminado, al margen de la vulgaridad de lo cotidiano y el prosaísmo de lo anecdótico.

Cuando un poema poseía un significado nítido, un mensaje o, peor aún, un *élan* narrativo, los críticos literarios y los poetas que se negaban a salirse de la normatividad imperante, le colgaban el san Benito de la heterodoxia y le negaban su carácter lírico y su valía estética¹.

La idea, la tendencia o la necesidad de sintetizar la figuración poética y la narración, no es, en lo que se refiere a quien esto escribe, una ocurrencia o el deliberado empeño de gestar un supuesto “nuevo género literario” para llamar la atención y mostrarse como original. Es, por lo contrario, la culminación de un largo proceso del que doy cuenta a continuación.

Desde muy joven, cuando me inicié en los hercúleos trabajos de la creación literaria, dos

¹ Octavio Paz, en la “Estela de José Juan Tablada” de *Las peras del olmo* asevera: “Esos haikús dieron libertad a la imagen y la rescataron del poema con argumento, en el que se ahogaba”, Imprenta Universitaria, México, 1957, p. 80.

acciones me llamaron la atención y cautivaron mi espíritu: cantar y contar. Lo primero me condujo a la poesía y a la figuración lírica y lo segundo a la prosa y al cuento.

En la corriente poética que, en los cincuentas del pasado siglo, organizamos algunos poetas y yo, y a la que dimos el nombre de *poeticismo*², mi forma de abordar el canto fue el condensado de imágenes o de tropos al que dábamos el sencillo nombre de *hallazgos*. Veíamos estos atisbos literarios como microcosmos que apresaban la belleza, cuando lo hacían, en la conformación, más que nada metafórica, que encarnaban. La búsqueda de estas perlas o hallazgos era nuestro trabajo de tiempo completo y de ello se derivó la primera actitud que tuve (tuvimos) frente a ellos: considerarlos

² Consúltese mis *Reflexiones sobre la poesía. Ayer y hoy* (2005-2006), Verso destierro y Ce-Acatl, México, 2013.

como un fin en sí mismos y no como un medio. Nuestras primeras producciones tenían en común con los epigramas, los haikús y las greguerías, el carácter miniatúresco. Mucho trabajamos en estas “figuras novedosas” o “imágenes originales”, hasta llegar al momento de sentir que ejercíamos un cierto virtuoso dominio sobre su confección. Por otra parte, siempre fui un enamorado y asiduo lector del relato breve. Poco antes del poeticismo o coincidiendo temporalmente con él, publiqué algunos cuentos en las revistas *Metáfora* e *Ideas de México*. Incansable devorador de novelas, el relato fue, pues, una de mis pasiones juveniles.

En la etapa poeticista, pero sobre todo después de ella, a las metáforas (o a los hallazgos de cualquier tipo) las dejé de considerar como

fines, para obligarlas a jugar el papel de medios. ¿De medios para qué? De medios para desarrollar un tema o para narrar algo. Si los hallazgos como fines, eran una incipiente forma de cantar, los hallazgos empleados como medios, me conducían a narrar cantando o viceversa.

Así nació el *cuentema*. En algún sitio escribí que “el cuentema es un poema que se asoma a un cuento que se asoma a un poema”, lo cual reproduce el círculo virtuoso de la serpiente que se muerde la cola y nos ayuda a entrever el infinito. El cuentema, que implica necesariamente una metaforización ejecutada como medio, quiere ser, entonces, la síntesis de la poesía y el cuento o al revés.

Mis libros *El Tránsito I* y *El Tránsito II* están integrados en lo esencial con poemas que son cuentos o con cuentos que son poemas.

He aquí un par de ejemplos:

Democracia

Es cierto que el orgasmo no estaba en la orden del día. Pero lo poros de la piel son soberanos.

DESLINDE GRAMATICAL

Aunque algunos los confunden, pez y pescado no son lo mismo. Todo pescado es un pez, pero no todo pez es pescado. Peces son lo que en los mares, los riachuelos o los lagos son dueños de sus giros, sus aleteos de ángeles mojados, la

madeja indescrptible de sus rumbos. Pescados, los que con las redes o cañas de pescar son arrancados de su medio y pasados por las armas del oxígeno. Los peces condenados a recorrer sin descanso el círculo infernal de una pecera, también son pescados, víctimas del salvaje esteticismo de los ojos. Lo que hace, en fin, al pez diferente al pescado es la libertad, el ser una criatura que no sufre prohibiciones ni espacios acotados, el que, embarcado en su propia independencia, no padece los grilletes o el cadalso de las manos del hombre.

Los dos escritos son minicuentos, uno más que el otro; pero como están estructurados teniendo como materiales las metáforas son *minicuentemas*.

Mi reacción, en la época del *poeticismo* y posteriormente a ella, contra la poesía en boga,

fue incursionar, pues, en los *prosemas*, género del que gustaba hablar Ernesto Mejía Sánchez, que tiene como especies los cuentemas (o minicuentemas) y las *novelemas*.

Los cuentemas y las novelemas se diferencian de los cuentos y las novelas en y por la misma razón estructural: la narración de unos y otros no se realiza con el lenguaje directo que prescinde en general de figuras retóricas, sino mediante las metáforas y los tropos que en general dan cuerpo a los hallazgos.

Hay muchos antecedentes, qué duda cabe, de la doble línea de los prosemas o sea de los cuentemas y las novelemas. Los poemas en prosa de Aloysius Bertrand (*Gaspard de la nuit*), los de Charles Baudelaire (por ejemplo el *Spleen de Paris*) y los de Arthur Rimbaud (*Iluminaciones*), lo son de los primeros, y los

poemas épicos grecolatinos y medievales (que narran en verso grandes acontecimientos históricos, mitológicos o místicos) lo son de los segundos.

Sin embargo, los poemas en prosa y las epopeyas son, por lo común, la suma ecléctica de dos géneros y no la creación de un nuevo procedimiento orgánicamente diferenciado. Hay varias novelas en verso (menciono algunas: *el Orlando furioso de Ludovico Ariosto, la Jerusalén libertada de Torcuato Tasso, el Paraíso perdido de John Milton, las escritas por Alexandre Pushkin, etc.*) que narran con métrica y rima una historia o una leyenda. No obstante, esta versificación no se identifica con la poesía, sino con un aditamento especial de cierto tipo de ella: la tradicional.

Antes de dar término a esta introducción, no quiero dejar de mencionar que no me cabe la menor duda de que el antecedente más visible e incuestionable de este género literario al que he dado el nombre de *novelema* es, en la literatura española, Luis de Góngora, el cual, en sus extraordinarios poemas (las *Soledades*, el *Polifemo* y el *Panegírico*) escribe grandes tiradas líricas “con asunto”. Dámaso Alonso hace notar que: “La base idiomática que en el primer plano de nuestra lengua cotidiana está constituida por el nombre y su inmediata representación, desgastados entre contingencias y suciedades, en Góngora está formada por la metáfora y la visión irreal y espléndida que inmediatamente sugiere”³. La síntesis de metáfora y asunto prefiguran, pues, la fusión de poesía y novela. Hay, pese a todo, una

³ *Soledades de Góngora* editadas por Dámaso Alonso, Revista de Occidente, Madrid, 1927, p.17.

diferencia entre la idea de la *novelema* como la concibo y la propongo y la creación de las joyas culteranas; para Góngora, el asunto, la trama de sus grandes poemas no tiene, ni con mucho, el relieve de su creatividad lírica, es un elemento que permanece discretamente en segundo plano. De ahí que Alonso explique: “Sin pretender aquilatar las intenciones del poeta, juzgando por lo que tenemos, por la obra escrita, hay que reconocer que esta acción, tan escasa, tan borrosa, resulta sólo un pretexto. No era el genio de Góngora épico, sino lírico, y valor lírico es lo que hay que buscar en las *Soledades* ⁴. La novelema en cambio no tiene la trama, la anécdota o el asunto como mero pretexto, sino como un ingrediente esencial, tan esencial como el empleo de los hallazgos

⁴ Ibid., p.11.

metafóricos para la realización de esta propuesta literaria.

ABELARDO Y ELOÍSA

FILÍA

**Sinónimo de remanso, el reposo
habla no de quietud,
ni mucho menos de hallarse anclado
en los témpanos de lo eterno,
sino de una forma frenada de moverse
o un tropel de caballos
que chocan con sus límites
y pierden las pezuñas.**

**Entes despellejados
de la placenta del pretérito
y que dan con la vocal desgañitada
de su primer segundo,
acaecen en todas partes,
en los cuatro rumbos del infinito
y en el rincón menos pensado.
Adentro de la piedra ocurren cosas**

que podrían formar parte
de cualquier galería de milagros.
Y el viento se entretiene
en conjugar el polvo
en todas sus formas verbales.

Madre naturaleza:
la fecundación es el primer mandamiento,
el *hágase la luz* en las matrices,
la obsesión
del reguero de sexos femeninos
que están en tus entrañas y se encuentran
en perpetuos amoríos
con el semen.

Ya Empédocles lo dijo:
el amor y el odio
-contrapunto estridente
de los cantos de cuna
y las fúnebres marchas-

**ostentan ínfulas de ley,
dedo admonitivo entre las nubes
o reglamentos de tránsito
para el todo semoviente.
Empédocles lo dijo.**

**Múltiple partero,
el amor se dedica a inaugurar
respiraciones,
criaturas amasadas por el tiempo,
la obertura de seda
que interpreta en su vientre la crisálida,
lo nuevo que encanece en un instante.**

**El coito sempiterno del ser y de la nada,
produce el devenir, hijo y orgasmo;
y la totalidad de lo que es
corre a todo vapor por los carriles
de su transformación vertiginosa
o del pausado ritmo que producen**

**los genes de tortuga espolvoreados
en el convoy del mundo.**

**Independientemente del origen,
las edades, los sexos y las ansias
procreativas,
el amor se nos mete hasta los tuétanos,
halla en nuestras entrañas acomodo
y nos hace felices o infelices
de acuerdo con la fórmula algebraica
conocida tan sólo por los dioses.**

FILÓSOFO MEDIEVAL

Petrus Abelardus
fue el maestro de lógica y dialéctica
más brillante de su siglo:
llegó a decirse
que su cerebro era cuna
donde Platón y Speusipo
reencarnaron.
A pesar de cargar en los hombros
-como el obispo de Hipona,
Roscelino,
el aquinita,
Guillermo de Occam
o Duns Scoto-
la granítica loza de la fe y los prejuicios
de su tiempo,
y era, como Atlas, el pobrecito,

**una doliente tortuga metafísica,
su inteligencia daba
con los silogismos escondidos
debajo de las piedras,
con los entimemas que por la noche
lo despeinaban,
con las analogías que,
actrices de la identidad, acababan
confundiendo al adversario.**

**Después de cursar el *trivium* y el *cuadrivium*,
de lucir permanentes incendios
en las pestañas,
de hacer de la meditación un remanso
reflexivo de vivencias,
de hallar el talón de Aquiles
y el dar gato por liebre de los sofismas,
de beber en las aguas de Platón
pedazuelos de un “cierto lugar celeste”
cuyas escrituras pertenecen a la eternidad,**

**estigmatizaba dogmas,
decía, con razón, que el círculo vicioso
era uno de los círculos del infierno,
y, con las piedras que quedaban
después del derrumbe,
levantaba nuevos templos
e impartía cursos magistrales
para aspirar el incienso
de otro modo.**

SU DAMA

Desde niña, cuando aún sus hormonas
se hallaban adormecidas
por el canto de cuna de su temprana edad,
Eloísa no calmaba sus ansias de belleza:
no lo hacía con las puestas de sol
que, tarde a tarde,
tras un escándalo de luces,
guardaba por un segundo la respiración
y desaparecía en el horizonte,
ni con la salada iracundia
con que el mar lamía en los acantilados
la piel de sus límites.
Ni siquiera cuando llevaba ante el espejo
el rostro y la presencia
de su porte, que le pisaba los talones
a la mismísima perfección.
Por eso amaba la música y la poesía

**y todo lo que la imaginación le pepitaba
a sus ojos cerrados.**

**Púbera,
era además muy dada a reflexionar,
a escarbar a dos manos en su propio
cerebro,
a tener secretas discusiones con Dios,
a dormir con dos o tres preguntas
fundamentales bajo la almohada,
y hasta dejaba entreabierta
la puerta de su alcoba
para que de cuando en vez
entrara a su recinto alguna duda,
algo que le sirviera de aguijón
para que nuevamente sus preguntas
flecharan el firmamento.**

**Y así, yendo de tumbo en tumbo,
dio de pies a boca con la adolescencia**

**y su efluvio de dóciles deseos
efervescentes.**

La libido invadió todo su cuerpo.

**Sus labios, barnizados por la ausencia,
soñaron otros labios que bajaban
de su altura hasta dar con el centímetro
mágico del encuentro**

**y las manos, asidas al vacío,
gritaron en sordina la demanda
de un discreto huracán de tacto en polvo.**

**Más ella, atrincherada en sus principios,
guardaba a doble llave en la entrepierna
bajo el triple gruñir de su custodia
su flor sin jardinero.**

FULBERTO, SU TUTOR

1

**Huérfana, fue protegida y educada
por Fulberto, su tío,
canónigo de la Catedral de París,
el cual, con el menudo paso del tiempo,
o sea al día siguiente
de hallarse la chiquilla a su cuidado,
empezó a cultivar el lirio retorcido
de las malas intenciones
y en vano pretendía disfrazar,
con golpes de pecho,
los inversos latidos
que desde muy adentro de su entraña
generaba el timbal de la lujuria.**

**Oía la voz de Eloísa, y pensaba en el cisne
que, antes de morir,
vislumbra el mundo evanescente**

**a través de las cuerdas musicales
del pentagrama.**

**La veía caminar, y sus pulmones se llenaban
del respirar ambiguo
de oxígeno y deseo.**

**La miraba subir una escalera,
y sentía en los testículos
cómo se le arremolinaban,
insatisfechos, sus pecados.**

**Acariciaba, con suprema delicadeza
la mejilla de la muchacha,
mientras adivinaba de reojo
sus piernas,
como el gato
que juega con una bola de estambre
sabiendo que se trata en realidad
de un ratonzuelo.**

**Fulberto, ni tardo ni perezoso,
con el catecismo tocando la retreta,**

**hacía votos de castidad en sus palabras
y cogitaciones,
ponía sus gemidos lujuriosos
bajo las siete llaves del sexto mandamiento
y, en las noches,
cuando la almohada volvía su peor
consejera,
se ceñía la camisa de fuerza
de lo prohibido.**

2

**Queriendo pulir el diamante
bajo su vigilancia
y no dejar en silenciosa y anémica potencia
lo que, con un empujón,
podría estar en acto,
el canónigo habló con Pierre Abélard
para que tomara bajo su tutela
la educación de su sobrina,**

**puesto que una rosa
no puede crecer
desde la niña flor de su capullo
hasta las cúpulas de su perfume
(y el plexo de calificativos
que guarda el diccionario
para todo portento)
andando, a la ventura, por los andurriales
de sus ocurrencias,
dependiendo de la vivacidad
de sus respiraciones,
o a la buena, o a la mala, de Dios.,
sino que necesita un guía,
un mentor de saberes, decires y cantares,
maestro de alpinismo,
que siembre sobre la espalda
semillas de alas y pronósticos de cielo,
alguien que cuide la tierra donde el tallo
encarama su flor,
que la riegue con agua bendita,**

**que le enseñe a la rosa a decir su belleza
en voz alta, buena dicción
y saboreando el deletreo de las frases.**

ABELARDUS, INSTRUCTOR

1

**Petrus quedó prendido de la muchacha
en el momento mismo en que sus ojos
la paladearon,
los dedos fantasearon la posibilidad
de una caricia
esmaltada por el consentimiento
y su corazón armó el rompecabezas
de un amor entrañable.**

**Ante la aparición,
Abelardus vio por un instante
desvanecerse el habitual entusiasmo
por sus ideas,
sus intuiciones,
su célebre confección
de ratoneras para argumentos.
Una corona de espinoso hielo**

nimbó sus despeinadas reflexiones
y, congelando las aguas del río heracliteano
que bañaba su cerebro,
detuvo
por un segundo
el fluir atrabancado
de cosas, pensamientos, opiniones.
La lógica y la heurística
le parecieron más áridas que el desierto
donde, ante desdeñosos oasis,
se forman caravanas y caravanas de sueños
que terminan por ahogarse
en las mentirosas aguas
del espejismo.

La vida,
fresca, núbil, resplandeciente,
como hecha a la medida exacta
de sus más recónditos anhelos,
estaba frente a él

en el *hic et nunc* más maravilloso
del devenir,
ahí,
al alcance de esa audacia
que la sangre turbulenta del filósofo
le arrojara a las manos.
Ahí,
a un metro y medio de la más dulce de las
decisiones.

2

También impresionada,
Eloísa, lejos de tener la menor duda
o escrúpulo amarrado a los prejuicios,
mostraba una suerte de asentimiento
prematureo,
sin más reservas que las del “qué dirán”
de sus pudores.
En sus labios no estaba redondeada

**aún la aceptación,
ni la frivolidad que saborea su miopía;
pero sus ojos parpadeaban,
sin remilgos,
la sílaba cachonda de la entrega.**

3

**Fulberto, vuelto faro,
panóptico celoso,
con su noria de luces
vigilaba sin descanso los alrededores
de su mansión,
de sus miedos,
de su honra.**

**Pero no le pasaba por la frente
ni por el Argos centinela del recelo,
que allí en su vivienda,
intramuros,
en un rincón donde nunca**

nadie
había leído el catecismo,
el niño ciego,
tras de secretarse
con uno de sus venablos,
había arrojado a los brazos de una mujer
los de un hombre
y había creado, en este valle de lágrimas,
una burbuja de dicha,
una pompa de jabón
que el alfiler de lo efímero, ay, reventaría.

Cuando Fulberto se entregaba a la lectura
del misal,
las Confesiones de Agustín
o la vida de algún santo,
o cuando tenía que dejar en París
las huellas iniciales
de un largo peregrinaje,
daba con el único medio

**para desdibujar el deseo por su sobrina,
convertirla en humillo evanescente,
colindando casi con la nada.**

SE INICIA EL DRAMA

1

Una pluma como la de quien esto escribe
(que se devana la tinta
por narrar lo que sucede:
ser el cronista del *bing bang* de un átomo
cualquiera,
identificar el trauma del nacimiento
con la expulsión del paraíso,
escuchar la música de los astros
en cualquier organillo de la esquina),
carece sin embargo
iguay! del genio requerido
para contar lo que de pronto sucedió
en el corazón, la mente, las vivencias
de Fulberto
y en los amores de Abelardo y Eloísa
generados por la flecha expansiva
de Cupido.

2

**Abelardus, aprovechando el momento,
se llevaba de la mano a Eloísa
a un oscuro del bosque
para mostrarle su mejor
colección de confidencias.**

**Mientras los primeros nubarrones
devenían parcelas
del cerebro del canónigo,
Abelardus raptó a su amante.
La sacó de la cárcel en que estaba
por las catacumbas de la astucia
y los desfiladeros caliginosos
de lo insospechado.**

**Aunque Eloísa
*vestía saya sobre saya,
mantellín de tornasol,***

*camisa con oro y perlas
bordada en el cabezón,*
y era de una donosura y belleza tal
que a su paso entre galanes
cosechaba tantos suspiros,
hormigueos en las ansias
y deseos inconfesados arremolinándose
en las huellas dactilares,
que los abates tenían que correr
a sus respectivos confesonarios
y en veces al silicio
que, restañando,
regresaba las fieras interiores
a su natural escondite.

Las vestiduras, los ornamentos
embriagados por su propio lujo,
o el narcisismo insoportable de las joyas,
en realidad no le eran propicios
y hasta podría decirse que la afeaban

**(al igual que a la poesía)
porque ella, desnuda,
como la trajo al mundo
el noveno mes partero,
era más hermosa que nunca
como si un geométrico dios
la hubiera obsequiado al mundo,
en la fase más voluptuosa
de su embriaguez.**

**Desnuda, sin la retórica labrada
por los gusanos de seda,
fue vista,
tocada,
paladeada por Abelardo.**

**Él, desnudo también,
ganado por el coito embrionario
de la excitación,
atinó a decir las palabras adecuadas
que, como la mecedora de la cuna,**

**adormecen con su canto a los escrúpulos;
supo deslizar las manos
por los puntos del cuerpo femenino
que nunca habían recibido los rayos del sol
y conduciendo a su minero ardiente
a la veta escondida en los pudores,
empezó a compartir con Eloísa
el oro escurridizo del orgasmo.**

**Ya embarazada,
con el instinto materno
cantando los aleluyas de su triunfo,
y su cuerpo, fecundado,
en prometedor cuarto creciente,
sintió que Astrolabio,
su vástago en camino,
daba rienda suelta a sus pies,
que golpeaban el vientre,
perfilando sus primeros intentos
de odisea.**

AMORES TRÁGICOS

La historia, los rumores, la leyenda
se han encargado de cristalizar
en la memoria
los nombres de aquellos amantes
que crecen como espigas
sobre un camposanto de relojes.

Adán y Eva,

Orfeo y Eurídice,

Píramo y Tisbe,

Tristán e Iseo,

Romeo y Julieta

y muchas parejas más

que no caben en el cofre de tesoros
de la enumeración más esmerada.

Pero no hay amores más trágicos,
con más acíbar mezclado con la tinta

que emprende su relato,
y con el infortunio como apuntador
del drama,
que los de Abelardo y Eloísa.
La castración, hay que decirlo,
es amputarle las piernas al presente,
dar de pies a boca con la nada,
pararse en seco a la mitad de un espejismo,
hacer estéril a la flor
dejando a su nonato fruto
en el vientre del sueño,
matar a los hermanos y las hermanas
de Astrolabio,
constreñir a la cigüeña
a tan sólo incubar sus propios hijos.

EL HIJO

1

**Astrolabio no nació
ni en un palacio
ni en un pesebre,
no se codeó con las nubes
ni vivió a la sombra de un pan inexistente,
lo hizo en casa de la hermana
de su padre,
donde la penuria tenía prohibido el paso.
Su cuna no estaba formada de maderas
preciosas
incrustadas de rubíes,
ni del barro que se pasa todo el día
lloriqueando su pobreza,
sino de un cedro rojo veteado de caricias
y canciones de cuna.**

Apenas destetado,

saboreando la amargura de su lengua,
fue conducido a la pila bautismal
donde el rocío llovizó
el mejor de los augurios.

El vástago era hijo del amor,
de dos almas amantes
que encontraron el mejor lugar para citarse
en las partes pudendas de sus cuerpos,
de dos apasionados del éter,
el movimiento de los astros,
los signos zodiacales,
que convinieron en dar a luz
a un hijo al que nombraron Astrolabio
-homenaje al precursor del telescopio-
instrumento que permite masticar,
parpadeando,
bocados de infinito y de misterio.

2

**Ella se negaba a contraer matrimonio.
Los amantes, decía, no deben ser esposados
como yunta de bueyes,
entes irracionales a quienes se condena
a caminar juntos
aunque los dos vayan rumiando su soledad.
Las almas no deben exhibir
títulos de posesión sobre las almas.
Un tálamo ha de confeccionarse
más que con el colchón,
los almohadones,
las sábanas
y el vergel de caricias consabido,
con la tela inconsútil y finísima
de la mutua libertad.
Ella se negaba.**

**Pero Abelardo fue inflexible;
no quiso tener a un bastardo por hijo,**

dejado de la mano de Dios y de la Iglesia,
un hijo natural que le dijese
“oh madre mía” a la tierra amorosa.

Había hecho trizas, sí,
el voto de castidad
-como tantos ministros de la Iglesia-
pero no quería darle la espalda a Dios
y entrar a los dominios del azufre
por las puertas de la violación
de un sacramento.

Las nupcias se celebraron.
Su cumplimiento
acorraló al pecado mortal
y lo arrojó al precipicio.
Una mordaza, tomada de las puntas
por dos ángeles,
acalló el “qué dirán” que ya empezaba
a ir de boca en boca

y de envidia en envidia.

**Todo parecía resolverse en un final feliz,
como coda de un canto polifónico
que, bajo la batuta complaciente
de la providencia,
se deshiciera en hosannas, aleluyas
y criaturas celestiales
de carne y hueso.**

EL ATRACO

1

**Fulberto, en cólera izado,
buscaba la manera de vengarse,
sentía su corazón como una copa de acíbar
en que lo único dulce
era la obsesión de la venganza,
del ojo por ojo,
del puñal a la espalda
por puñal en la espalda.**

**El odio de Fulberto por Abelardo
fue como el cálculo renal
que, al no hallar la salida,
aúlla su dolor
de bestia miserable.**

**Había que desprestigiarlo
entre sus colegas,**

**altos dignatarios católicos,
teólogos y discípulos: la calumnia,
el aliento del demonio, se introdujo
por los intersticios y las rendijas
de las habitaciones.**

Algo obtuvo con ello. Pero poco.

**La audacia de los amantes
fue vista como minucia,
tempestad en vaso de agua bendita,
escándalo con los pies de barro.**

**Más tarde, drogado por la migraña,
su corrompida imaginación
le trajo a mente
la idea de contratar unos sicarios
que en algún derrotero le tendieran
al filósofo una celada,
lo acuchillasen,
le enterrarán la muerte a medio pecho,**

**o lo asfixiaran con el hilo enredado
de su respiración.**

**Pero, a poco, esta idea de la venganza
no le satisfizo. Dejaba a su coraje
cada vez más envenenado por la muina
y golpeándose la frente en las paredes.
Entonces reunió a los secuaces.**

**Generoso, les pintó de dorado
las palmas de las manos.**

**Armó con ellos una máquina de muerte,
una patrulla de verdugos
y les dio las precisas y nefandas
instrucciones.**

Abelardo vivía en su casa de París.

**En su jardín, apacentaba
una majada de nubes
caída de sus altos rediles
a la busca de pastura terrestre,**

**y regaba las flores
con el agua que forma el arcoiris.**

**Tras de una cena frugal
(en que el pan, el queso y la leche
jugaron a las vencidas con un hambre
fácilmente derrotada),
Abelardus, en su alcoba,
a la sombra de una llama
que, también interesada en la lectura,
se retorció y retorció de emoción,
se puso a leer un tanto de Plotino,
de Arcesilao,
de Anselmo de Canterbury
y empezó a cabecear cuando leía
las epístolas de Pablo.**

**Pero se restregó los ojos.
Le puso zancadillas a su sueño.
Tornó la realidad a la retina.**

Se levantó del sillal,
tomó una pluma de ganso
de la mesa apiñada de papeles
y polvos y delirios.
Le sacó punta
y la empujó a picotear
un frasco de tinta.
Un frasco de tinta
donde se hallaban chapoteando
las palabras
y que, con frotarlo un poco,
se sacaba de sus entrañas
el genio que le impelía,
no sólo a escribir
De unitate et trinitate divina,
sino a componer las canciones goliardas
para voces licenciosas y el sensual
pentagrama de cuerdas
del laúd.

**Atizó los leños de la chimenea.
Hizo una Babel de fuego
con lenguas y más lenguas
que no hallaban, sin oídos,
la manera de entenderse.
La sala, de buen humor,
se puso a sonreír en todos sus espejos.**

2

**Los cinco criminales,
con la visa de un sirviente sobornado,
irrumplieron en la casa.
Sorprendieron al filósofo.
Tapáronle la boca.
Paralizaron su resistencia.
Lo condujeron a trompicones a su alcoba,
lo desvistieron**

e iniciaron su trabajo.

**La daga y el capote del principal verdugo,
movidos por la siniestra acción,
se reflejaban en la pared
como el pico y las alas gigantescas
de un ave de rapiña.**

REFLEXIÓN

**Todo hace pensar
que la mutilación de un hombre
lo convierte en minusválido,
como el que pierde un ojo, una pierna
o sus recuerdos.**

**Alguien que podría figurar
en alguna de las jaulas de papel
de la zoología fantástica,
a quien le decapitan el deseo
y condenan a mirar el placer
tras una vitrina granítica, irrompible,
que deja en libertad los ojos
-como lo hace, generoso, el aire-
aunque encarcela las manos
en el guante de hierro
de la inmovilidad.**

**Pero la libido no puede ser castrada,
ni ser disminuida como una de esas piedras
que, perdidas en la historia,
ha olvidado respirar.**

**La energía sexual recorre el cuerpo
por ductos invisibles;
se instala en todas partes
y en la carne hay un guiño
de poros encausado
hacia la piel ajena.**

LA VIDA CONTINÚA

1

Abelardus yacía en su cama,
desangrándose e inconsciente.
Al tiempo que sus signos vitales
se apagaban
(como el río que embarcado en su remanso
enfila hacia lo árido su proa),
y que el charco de sangre se extendía
denunciando a gemidos el atraco,
cambiarían de nombre los procesos:
el primero por el de muerte recién nacida,
el segundo por el de púrpura mortaja.
Muy pronto,
en cosa de minutos con alma de segundos.

Un vecino oyó las quejas
enconchadas en los alaridos,
y presenció,

**con toda su atención desorbitada,
el inaudito espectáculo,
como el que clava los ojos en la pieza
principal de una galería
de horrores.**

**Preso de angustia,
buscó y encontró a un facultativo
con experiencia al hombro
y prontitud en los dedos,
sin el cual el filósofo
no sólo hubiera sido mutilado
en parte sustantiva
de su ser en el mundo,
sino aniquilado por completo,
restando tan sólo su nombre
en la historia olvidadiza
de los grandes pensadores.**

**La Justicia, por fortuna,
tan dada a sumergirse en los rumbos**

**evasivos del sueño,
a tener sesiones interminables de ajedrez
con lo inconsciente,
a hacerse oídos sordos al repique
mañanero de los gallos,
ese día despertó tempranito,
echó un ojo a la lista de sus deberes,
salió a desfacer agravios
y a obligar a la impunidad
a poner sus pies de barro
en polvorosa:
el sirviente sobornado
y uno de los agresores
no pudieron huir del poder público
ni de la *ley del talión*,
el catecismo de la violencia oficial:
sin la menor reticencia
ni un Jesús en la boca,
ambos fueron castigados
con la mutilación:**

**se les arrancó de la canasta del escroto
los ovalados frutos.**

**Dada su alcurnia y su jerarquía eclesiástica,
a Fulberto sólo le confiscaron los bienes,
lo expulsaron de París, su paraíso,
y lo dejaron a solas con el lobezno
de su culpa,
su Dios
y la imborrable pasión por su sobrina.
Estos tres elementos, coexistiendo
en la corteza cerebral del canónigo,
arrinconaron la razón,
la arrimaron hacia uno de los hemisferios
hasta hacerla caer.**

2

**Fulberto, fuera de sí,
extraviado en las circunvoluciones**

de su propio cerebro,
loco de atar,
vivió un prematuro círculo infernal
coronándole las sienes.

Vivencias de distinto tamaño, figura,
inaugurando muecas ignoradas
fuera de serie,
emanando grados diferentes de azufre
en las axilas
y cargando diversos puñales acerados
entre las pestañas,
se le fueron apareciendo
en el oscuro culebreo
de su laberinto.

Antes que nada tropezó con la *traición*
perpetrada a su sobrina
ya que en vez de mantenerse a la distancia
de la honestidad, la prudencia
y tener un alma limpia

a fuerza de jabón y agua bendita,
dejó que la lujuria
emboscarse a los escrúpulos
y les cercenara la lengua.
Dio también con los *celos*
que sintiera cuando
le sustraían y mancillaban
a la niña de sus ojos y sus ansias,
y más cuando ella
(junto a un cuerpo
al que se le había despellejado
el nombre de varón),
seguía siéndole fiel,
feligresa no sólo de su palabra empeñada
sino de un amor
que cambió de ritos y lenguaje
para no ser destruido.
Halló por último,
su sentimiento de *culpa*
que saltó del granito de arena

**a la tormenta,
y, llenándole los pulmones de veneno,
le hizo comprender que respirar
era la acción más difícil, angustiosa,
insoportable
de la existencia.**

**Tomó entonces el más radical
de los caminos:
cargando a las espaldas
la traición y los celos y la culpa,
se arrojó desde la torre de una iglesia
hacia su punto final.**

**“Se deslizó por el tobogán del suicidio
hacia el infierno”, dijo el nuevo
canónigo de París,
hablando de su antecesor.**

DE NUEVO EN LA JORNADA

**En un hospital de hermanas,
que seguían más el ejemplo
de Marta la hacendosa,
que la de María Magdalena
(quien hallaba en sus rodillas
la atalaya de la adoración,
y guardaba las manos
en el delantal),
Abelardus se fue recuperando,
redescubriendo el sabor del oxígeno,
rociándole gotas de agua a su sensorio
para despabilarse,
sintiendo entre sus dedos,
para emprender de nuevo la jornada,
la mano de la vida.**

El horror acaecido

**-que jamás caería de bruces
en su plena extinción-
poco a poco fue templado
por las monjas de la caridad
que, auxiliadas por el hilo
de sus píos ademanes,
zurcieron,
con cicatrices de olvido,
las heridas.**

**Abelardus se escondió
por un tiempo
en la abadía de Saint-Denis
como humillado monje,
topo en su ceguera.
Las miradas de los otros
le producían dolores en la piel.
El zumbido constante de sus tímpanos
no era una dolencia
sino el estentóreo vocerío**

de la opinión pública.

**El morbo, la murmuración, la mojigatería
unieron sus corpúsculos patógenos
y engendraron esa peste de estridencias
que asolara a París por esos días.**

**Para que huyese también de la epidemia,
dispuso que su esposa,
el arroyo en que corría
la cáscara de nuez de su esperanza,
vistiese los hábitos
en el convento de Argenteuil.**

**La pareja siguió viéndose a escondidas
en algunos de los más recónditos rincones
de la clandestinidad.
Hablaban de su hijo,
de la maldad humana,
del rayo que,
como maldito témpano de cielo,**

había caído sobre su amor
para descobijarlo,
destruirlo,
atarlo a su impotencia,
arrojarlo al precipicio
donde las cosas saltan a perderse.

Pero ellos tenían las almas entrecruzadas,
los pronombres personales diluidos,
las fronteras derruidas
por vientos amorosos,
y este entrelazamiento espiritual,
junto con la añoranza de los sentidos
revolcándose en la cama,
los llevó nuevamente a desnudarse.

Comenzaron desde cero.
Inauguraron caricias ignoradas.
Besos desconocidos.
Sus impulsos, decidiendo reeducarse,

**encendieron cerillas de excitación
en regiones imprevistas
y senderos inhollados.**

**“Con el roce de mis dedos en tu carne,
el ir y venir de mis pezones,
las andanzas de mi lengua
-musitaba Eloísa-
estoy haciendo el inventario
de los lugares de tu cuerpo
donde está agazapada la lujuria”.**

**“Los sicarios –respondía Abelardo-
no pudieron emascular el deleite,
la atracción por ti,
el darle al paladar
de nuevo la palabra”.**

**Hacer el amor como Dios manda
(una daga anhelante, dulcemente maciza,**

frente al jugoso auspicio
del rítmico regalo)
se les vedaba, ay, en el futuro.
La tragedia de este amor
excedía
-por un hombre disminuido,
las vergüenzas hechas polvo-
el drama y las angustias
de los otros amores inmortales
como los de Dido y Eneas
o de Manon y De Grioux.

Mas esta indescriptible expoliación
no condujo a la pareja a prescindir
del calor, el consuelo,
o las mil y una formas de placer
que los cuerpos saben darse.
En verdad la libido
es otro de los glóbulos que arrastra
la corriente sanguínea.

NUEVA HUMILLACIÓN

**Repuesto, en la medida
en que puede reponerse
un cuerpo flagelado por los vientos
de todas las desgracias,
prosigue su camino,
su hemorragia de huellas,
llevando a sus discípulos
a divisar el río heracliteano
(donde corren turbulentos gerundios)
desde el “nada hay nuevo bajo el sol”
con que Parménides
pretendió destruir la oscuridad
de lo cambiante;
a la caverna de Platón
para enseñarles
el nacimiento de la luz,
la muerte y resurrección de la evidencia;**

**a la sombra del árbol de Porfirio
para mostrarles cómo los pájaros
del entendimiento,
picoteando los frutos de la lógica,
alimentan la proeza de sus alas.**

**En el tema de los *universalia*,
cuando daba de pies a boca
con los *nominalistas*
(para quienes los nombres
estaban hechos más de humo
que de letras)
parecía no dejar títere
ni titiritero
con cabeza.**

**Alma y puño se le confundían
al polemizar con quienes pensaban
que las ideas y el lenguaje
-a la manera de Lucrecio-**

**lejos de existir por sí mismos,
habían sido contagiados por la nada
y estaban constituidos con la misma
argamasa del sueño.**

**Hacia 1120 Abelardus
abandonó Saint-Denis
para ir a Province.
Era como los viejos sofistas,
un maestro ambulante
llevando su canasta de conceptos
a diversos puntos de la geografía.
Había entablado amistad
con todos los caminos,
se tuteaba con el polvo,
reñía con la línea recta,
tarareaba la pitagórica
música de los astros,
tomaba con los vientos lecciones
de sentido de orientación**

**y conspiraba por todas partes
para llevar al poder sus convicciones,
por las buenas o las malas.**

**Pero sus enemigos
(alumnos de antiguos contrincantes)
emboscándolo,
le hicieron preguntas tendenciosas
-con algunas letras envenenadas-
y lo obligaron a hablar de más.
Su precaución perdió por un momento
la cabeza.
Olvidó las lecciones de diplomacia
que muchas veces le impartiera el temor
al recordarle que las discusiones
con el poder eclesiástico
terminaban con el argumento irrefutable
de la hoguera.**

Habló de más y sus enemigos

**hicieron que los jueces
del Concilio de Soisons
le declararan hereje,
oveja sobre la que cae
la entera noche,
y lo obligaron a quemar personalmente
un puñado de sus libros.**

Era, sí, la segunda castración.

EL TEMOR

1

**La mutilación de las piernas
es desgarradora:
cercena los caminos,
la geografía,
el vaivén de los encuentros y desencuentros
de la víctima.**

**La mutilación de las manos
arroja a un infortunio
que destruye la alfarería,
el violín,
la pizca de algodón,
las despedidas que flamean
blancamente los pañuelos.**

**La mutilación de los ojos,
devastadora:
se pierde lo ajeno,**

la distancia,
las propias manos,
las cosas se confunden
y el caos viene a ser el minotauro
del laberinto.

La castración, ay,
es arrancarle las uñas al placer,
talar el árbol genealógico,
dejar al deseo aullando locamente
desde su última letra.

La castración es despellejar
la hombría,
dejar sin piernas, manos, ojos
el anhelo,
anticipar la muerte
aun sin paletadas de tierra,
poner bajo el abrigo,
el traje,
la ropa interior,

**un miserable minusválido.
Pero lo peor de todo,
lo que no tiene nombre,
lo que, con su reguero de sílabas,
envenena la lengua,
es la castración del espíritu.**

2

**Abelardus, después de la amputación física,
sufrió la espiritual.**

**No sólo su cuerpo conoció
la antropofagia del cuchillo
y su glotonería de sangre,
sino que su alma
-tan distante en apariencia
de los negocios del cuerpo-
padeció la mordedura delinciente
del zarpazo.**

Después de verse constreñido

a incinerar sus obras,
hacer una pira de sus convicciones,
quemar sus silogismos
y cortarle las alas de ceniza
al ave fénix,
Abelardus decidió apelar al papa
y en 1141 marchó a Roma,
con los pulmones henchidos de esperanza;
mas en la ruta
(cuando su báculo, reverdecido,
se abría a la promesa de las flores),
le llegó la nefasta noticia
de que el vicario de Dios
lo había condenado de manera inapelable
como hereje.
Se diría que el destino se refocilaba
en armar su pequeña masacre
y que hasta Dios le volvía la espalda.

Pedro Abelardo redactó a vuela pluma

una Confesión de fe
que no era sino una retractación,
un borrar los decires de su lengua,
un tasajear la carne de sus convicciones
y un encender hogueras
a la mitad del pecho para cambiar
sus sueños por ceniza.
Primero le mutilaron el cuerpo
y a continuación,
con la más refinada tortura conocida
al correr de los siglos,
descuartizaron su psique.

Ni siquiera el bálsamo
hecho con voces, ademanes
y miradas de Eloísa
-que luchaba a dentelladas
contra el infortunio
y que elevaba sus preces,
que colindaban con blasfemias,

**a la sordera universal del cielo-
ni siquiera ella podía
restañar las heridas de su amado
y salir en ayuda de ese lobo
arrojado al infierno
de su aullido.**

**La tragedia se fue profundizando:
la segunda mutilación
llevó al filósofo a retractarse,
a castrarse la lengua.
El poder eclesiástico le ponía
un “hasta aquí”
a su necesidad de crecimiento.
En contra de su aleteo desesperado,
su ser se le encogía,
se ocultaba en el claustro del autismo
hasta identificarse con el tuétano
de su osamenta.
Aunque la segunda castración**

**lo llevó a desdecirse y traicionarse
ante los ojos de todos,
no lo hizo sinceramente
con la mano en el corazón.
El temor fue la cuchilla encargada
de su ruina.
Se desesperaba. No quería
que a él le sucediera
lo que le ocurrió a sus obras,
que saltaron de la cogitación
a la tinta
y de la tinta
a la humareda
de su aniquilamiento.**

3

**Pero ¿quién promovía la castración
en el siglo XII?
Era la Iglesia católica, apostólica, romana.**

**La puta de Babilonia.
Cierto es que aún no nacía
la inquisición medieval
-ese avance propagandístico del infierno-;
pero sí la intolerancia en armas,
la evangelización a sangre y fuego,
la fe como camisa de fuerza,
la verdad crucificada en el madero
de la ortodoxia.**

**La Iglesia,
y los perros de caza de su dogma,
generaba temor,
cuando la tortura, el fuego, el ostracismo
se hallaban entre líneas,
y el miedo,
con su invisible esencia acicular,
castraba a los humanos,
impidiéndoles ser lo que
tendrían que ser,**

cuando la potencia se gradúa en el acto.

**Todo poder, grande o pequeño,
religioso o civil,
blande el mismo instrumento:
amedrenta a los pueblos,
pone la amenaza como primer punto
en la orden del día,
y se empeña en castrarlos.**

**Abelardus , a pesar de su entereza,
su afán de retener entre las manos
la verdad,
estuvo, ay, sólo a un Giordano Bruno
de ser un hombre libre.**

POST-SCRIPTUM

Si hay cementerios vivos, en plena acción, hay otros que están de tal modo repletos de tumbas, criptas, túmulos que no reciben, o no pueden hacerlo, un cuerpo más, aunque sea de niño, ya que toda necrópolis es de cupo limitado, y el espacio y el tiempo, con el paso de los años, se les va agostando, como por cierto les ocurrió a todos y cada uno de sus huéspedes. Son camposantos muertos, ciudades silenciosas donde nadie entra ni nadie sale.

Uno de éstos es Père Lachaise –nombrado así en memoria del confesor de Luis XIV- en la capital francesa.

En mi corta estancia en París, decidí visitar este famoso panteón. Teniendo el propósito de escribir una novela-poema (o *novelema*) sobre

los trágicos amores de Abelardo y Eloísa, y sabiendo que sus restos yacen en este sitio, entré, con mi cuaderno de apuntes bajo el brazo, al lugar de marras.

Aquí, como es bien conocido, se hallan reunidos los cadáveres de una multitud abigarrada de celebridades no sólo de Francia sino de muchos otros países. Tan es así que, a mi parecer, este cementerio reivindica el nombre de panteón (o lugar donde reposan todos los dioses). En este gran camposanto se hallan los restos, para mencionar algunos, de Molière, Delacroix, Balzac, Chopin, Comte, Bizet, la Callas, Apollinaire.

Al llegar a la división 7, di finalmente con la tumba de los amantes. El monumento funerario es como una pequeña iglesia gótica del medioevo. Tiene la efigie de los amantes en

altorrelieve y en una plancha interior las esculturas del filósofo y su amada acostados como si durmieran juntos y con las manos en actitud de rezo.

Al llegar a la tumba, tuve la suerte de hallar junto a ella a un hombre delgado, macilento, enfermizo, que oficiaba de guía y se encontraba rodeado de personas muy atentas a sus palabras. Cerca de él, sentada en el borde de piedra de una sepultura, una mujer extremadamente blanca, mostraba una pequeña caja de metal que no tardé mucho en comprender que era una alcancía en la que el público dejaba discrecionalmente unas monedas con que se pagaba la erudita enseñanza del mencionado instructor.

El hombre, que al parecer tenía tiempo de hablar, comentaba: “Pedro Abelardo escribió su

autobiografía, que por desgracia se ha extraviado o, por lo menos, no sé de su paradero. No obstante, conocemos la vida y andanzas de este personaje del siglo XII d.c. y de su encantadora e inteligente cónyuge por las cartas en prosa y en verso que se dirigieron. Abelardo falleció a los 63 años en la Abadía de San Marcelo, en Chalon-sur-Soave, el 21 de abril de 1142. Eloísa, que había nacido en París en mayo de 1101, lo hizo 22 años más tarde en 1163. A principios del siglo XIX, y después de hallarse juntos en diversos lugares, ambos fueron depositados finalmente en esta maravillosa tumba”.

El guía continuó narrando de esta guisa varias de las vicisitudes de la vida y las desgracias de los amantes.

La erudición de este hombre era asombrosa. Personas del público le hacían las más diversas y a veces las más difíciles y privadas preguntas, y él respondía con una seguridad pasmosa. Al interrogante de ¿quiénes fueron sus teólogos enemigos? Él respondía sin dudarle un momento: “Guillermo de Champeaux y Anselmo de León y su más encarnizado fiscal: Bernardo de Clairvaux”. Cuando le inquirieron sobre qué tipo de herejías supuestamente sostuvo, el guía aclaró: “el *arrianismo* y el *sabelianismo*”. ¿Y qué son éstas? –dijo alguien del público. El individuo respondió: “Para el arrianismo, que proviene de Arrio, Jesús era hijo de Dios, pero no propiamente Dios. Para el sabelianismo, defendido por Sabelio, Dios se manifestaba en tres operaciones: Padre en el Antiguo Testamento, Hijo en el Nuevo y Espíritu Santo en Pentecostés”. Una mujer de la

comitiva formuló con cierta timidez esta pregunta: después de la mutilación de Abelardo por los sicarios, ¿el filósofo continuó viéndose con Eloísa? El guía respondió: “Desde luego que sí. Después de la tragedia, fundó el convento del Parácleto y logró que Eloísa se convirtiera en la abadesa. Y, con dificultades y reservas, prosiguieron viéndose”. La misma mujer deslizó: ¿en un amor puramente platónico, no? Y el hombre dijo escuetamente: “no sólo”. Afirmación que causó cierta expectación enigmática en los concurrentes, pero nadie se atrevió a preguntar más.

Ya casi para terminar, nuestro hombre puso el acento en que hay quien dice que Pedro Abelardo puso fin a sus ideas heréticas y que, a diferencia de Giordano Bruno, se retractó y arrepintió de lo que había escrito y defendido con tanta enjundia, pero que existen otros que

piensan que su retractación fue puramente formal y defensiva. El temor de correr la misma suerte de sus libros lo llevó a desdecirse y a traicionarse muy a su pesar.

El guía guardó un momento de silencio. Se le veía pálido, desencajado, triste. Había extraviado el entusiasmo del principio.

De repente, tras de volver los ojos a la mujer (tan pálida y delgada como él) que se hallaba sentada en la tumba de enfrente, con ojos de picardía, nos soltó: “Se dice que de vez en cuando, por ejemplo un domingo, como hoy, el alma en pena del propio Abelardo actúa como guía, a la manera en que lo estoy haciendo, para relatar lo que realmente ocurrió en su vida, y que lo hace siempre acompañado por su amada, como yo con mi esposa que está frente a nosotros con una alcancía en la mano. Esta conseja supersticiosa, muchas veces repetida, como ustedes supondrán, es una pura leyenda”.

INDICE

Entrada.....	2
Abelardo y Eloísa.....	14
Filia.....	15
Filósofo Medieval.....	19
Su dama.....	22
Fulberto, su tutor.....	25
Abelardus instructor.....	30
Se inicia el drama.....	36
Amores trágicos.....	41
El hijo.....	43
El atraco.....	48
Reflexión.....	55

La vida continúa.....	57
De nuevo en la jornada.....	64
Nueva humillación.....	70
El temor.....	75
Post-scriptum.....	84